

en indiferencia ó en menosprecio. A veces, el patriotismo, por su mismo ardor y veñemencia, nos mueve á lanzar contra la patria generosas injurias, á fin de aguijonearla con punzante estímulo, levantarla de su postración y traerla á nueva y gloriosa vida. Por mucho malo que Cánovas pensase y hasta dijese de su patria, jamás hubiera ido hasta donde fueron en sus durísimas reprensiones y en sus sátiras y castigos no pocos insignes y apasionados italianos, como Parini, Leopardi y Rosetti.

En mi sentir, la más clara demostración de la decadencia de España, es la carencia, por olvido ó por desengaño, de la fe y de la esperanza en nuestros propios destinos, la falta de pensamiento nacional, de una idea y de un propósito, en la que coincidan y al que aspiren los espíritus más enérgicos, blanco al que todos dirijan la mira, y donde vean ó crean ver el título verdadero aun de nuestro persistente papel y de nuestra no terminada misión providencial en el mundo. Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia, y la propia renacida Italia, tienen la fe viva y fecunda de que nosotros carecemos. En cada una de estas naciones subsiste un ideal superior que vivifica y alienta el alma colectiva. En España es tal la multitud y tal la discrepancia de ideales, que es como si no tuviéramos ninguno. De aquí el abandono, la esterilidad ó la ineficacia de lo castizo. Y de aquí la constante aten-

ción con que miramos y admiramos lo extranjero, y el prurito de remedarlo á menudo con no menor inoportunidad que torpeza.

El grande hombre de Estado es, en otras más dichosas naciones, el apoderado de la mayoría del pueblo, ó por lo menos, del partido más brioso y predominante: es el ejecutor de los proyectos y planes de ese partido, el que tiene el deber de dirigir los públicos asuntos, según leyes y principios cuya persistencia en la historia, cuya condición tradicional infunde respeto y presta vigor para oponerse á novedades extrañas, sin cejar ni pararse por eso.

Este grande hombre de Estado, en país extranjero, como tendrá previa doctrina y marcado y firme propósito y un sistema completo y fundamental, concebido ó aceptado por cuantos le confían el poder, sistema que ha de ser norma y pauta de su conducta, podrá filosofar por lujo; si es elocuente y muy sabidor, pondrá cátedra para lucirse, pero no se le ocurrirá, como á Cánovas no sin razón se le ocurre, crear todo el sistema al que se ajuste su conducta y la explique, rechazar ó admitir extrañas novedades y producir una teoría política ó super-constituyente.

Cánovas no aparece sólo como mero aunque poderosísimo jefe de su partido, sino también como su apóstol, profeta y creador de su credo. Sin

credo en que todos ó en que los más convengan, no hay orientación posible: se ignora el punto donde estamos y el término de nuestro camino. Nada hay estable para que florezca y fructifique. Todo se desarraiga para sembrar ó plantar algo nuevo. Así en España, en el siglo que terminó poco há, el período constituyente no se cierra nunca; las leyes fundamentales y orgánicas se cambian á cada paso: las constituciones nacen y mueren apenas nacidas; las reformas no cesan; y las leyes cuya efímera duración se prevé, no infunden reverencia ni corroboran, sino que debilitan en la conciencia humana la obligación de cumplirlas. Se olvida aquel precepto ó consejo del libro más popular y discreto que en España se ha escrito: "No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo, que se guarden y cumplan, que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen."

El incesante prurito de reformar y de legislar vale para disculpa de todo aquel que busca y halla ó presume hallar razones filosóficas para todas sus reformas y sus leyes. Así se expone al peligro de que se prescinda de la oportunidad, de la posibilidad, del elemento histórico, que debe entrar por mucho en la legislación, y sólo se atiende á lo puramente racional y especulativo, con lo cual se forjan sistemas falsos y odiosos.

Nadie, á no estar obcecado, afirmará que la soberanía del pueblo puede y debe ejercerse á cada instante subvirtiendo el orden establecido, sin respetar la tradición y la voluntad de las generaciones que fueron. Nadie desconocerá las dificultades que ofrece el ejercicio del sufragio universal y la demarcación de sus límites, ó sea hasta qué punto el sexo, la menor edad ó la carencia de responsabilidad y aptitud, por ignorancia ó por miseria, se oponen al goce y ejercicio de tal derecho. Y nadie, á no estar loco, entenderá nunca por igualdad democrática ó ante la ley, el que sean iguales todos los hombres en saber, en propiedad y en inteligencia. Pero si prescindiendo de tales consideraciones, que no pueden menos de tenerse muy en cuenta en la práctica, forjamos una teoría con visos de filosófica, contraria á la soberanía del pueblo, á la radical y legítima igualdad de los hombres y al derecho que tienen á que nadie los gobierne sino quien ellos quieran, nos exponemos á que dicha teoría resulte aborrecible, un poco ó un mucho depresiva de la dignidad humana, y tan infundada, que un niño de la doctrina puede desbaratarla con las cortas luces de su sentido común, avivadas y dirigidas por el catecismo.

No fué del caballero ó del burgués más ó menos rico, sino de todo ser humano accidentalmente libre ó esclavo, griego, latino ó bárbaro, de quien

dijo San Agustín: *magna res est homo, factus ad imaginem et similitudinem Dei*. No fué sólo á los doctores y á los próceres á quien dijo Cristo: *sed perfecto como vuestro Padre que está en el cielo*.

La fraternidad y la igualdad de cuantos seres componen el linaje humano no han sido reconocidas y proclamadas recientemente, sino desde muy antiguo en todas las regiones y en todos los pueblos. Sin duda la apoteosis del humano linaje, con que soñó Augusto Comte y sueñan aún otros fanáticos positivistas, es superstición en extremo absurda. Pero el concepto de *humanidad*, y la significación de este vocablo, no ya sólo como calidad ó virtud de ser bondadoso y dulce, sino como algo de substantivo, son ideas antiquísimas que no deben ni pueden tenerse por novedad peligrosa. Ya lo dijo Séneca: *Homines quidem pereunt; ipsa humanitas ad quam homo effingitur permanet*: El ser inmortal de la humanidad permanece aunque los hombres perezcan.

No hay ni debe haber *superhumanidad* ni *superhombres*. Quien pretenda ponerse sobre la humanidad es antihumano. No conviene que haya naciones y razas superiores y preponderantes á expensas, por inmolación ó esclavitud de otras naciones atrasadas ó decaídas; ni conviene que haya, ni en realidad hay, clases pensadoras, directoras y gobernadoras y otras que deban dejar que las gobier-

nen y que piensen por ellas, limitándose á obedecer y á callarse. *La plutocracia* es á menudo un hecho, pero no es de derecho nunca. La riqueza no es medida exacta del saber y de la inteligencia. La moralidad y el sano juicio no se estiman ni se gradúan por la mayor ó menor renta que cada uno tiene. Ricos puede haber harto más necios y más viciosos que los pobres. Aunque sea más racional y más progresista creer que la riqueza educa y que por consiguiente mejora, y que en el rico hay más motivos que en el pobre para ser generoso y bueno, y menos incentivos que puedan hacerle caer en error y en pecado, no veo sobrado fundamento, en nombre de la justicia, para declarar al pobre imbecil é incapaz de gobernarse y para sujetarle á la tutela de una supuesta clase superior y gobernadora. Y digo supuesta clase, porque en realidad tal clase no existe. La burguesía, la clase media, ó como queramos llamarla, no es tal clase, sino el conjunto así de todos aquellos que despojados ya de antiguos privilegios aristocráticos entran en el estado llano, como de todos aquellos que por su inteligencia, por su actividad y por sus virtudes de orden y de economía entran también en ese estado llano, y tal vez descuellan en él, surgiendo del más obscuro fondo de las capas sociales.

El Estado que debe realizar la justicia, no ha de ser para favorecer á los ricos y hacer que ellos

gobiernen y dirijan á los pobres, ni ha de ser tampoco para que los pobres vivan á expensas de los ricos, sino para que todos vivan y puedan prosperar, medrar y gozar sin infringir la ley. Y no puede decirse que los ricos deben gobernar y no deben gobernar los pobres, porque los pobres no tienen que perder, lo cual es completamente falso. Las dos pesetas de salario del más cuitado de entre ellos tienen para él igual ó mayor importancia que la enorme suma de libras esterlinas ó de dollars para el dichoso capitalista que la posee y goza. Y en cuanto á la vida, así del cuerpo como del alma, no vale ni importa menos la de un miserable obrero que la de un Fúcar. Tal vez parezca más razonable afirmar el extremo contrario, porque si un Fúcar muere ó enferma, no ha de faltarle otro Fúcar, su heredero, que maneje como él ó mejor que él sus capitales; pero la producción del obrero, la obra de sus manos, el fruto de su sudor ¿quién le suplirá si él falta ó decae?

Ni veo yo tampoco la razón en que se funda Cánovas para recelar que la igualdad política, el sufragio universal, la ilimitada democracia, ha de traer la revolución social como inevitable consecuencia. Al revés lo entiendo yo: entiendo que esa ilimitada democracia acaba con la única razón en que la revolución social pudiera fundarse. El que se queda pobre, el que desde una humilde posi-

ción no sube hasta la cumbre del poder y de las dignidades, el que no acierta á surgir de la obscuridad para bañarse y brillar en el luminoso ambiente de la gloria, no podrá tener derecho para quejarse de la sociedad que le deja, francas todas las puertas y abiertos todos los caminos. No diré yo que sean agradables la pobreza y la insignificancia; pero lo que no sólo es desagradable sino que además parece insufrible, es que por ser pobre se condene á un ser humano á perpetua infancia, á incapacidad declarada por la ley y á inevitable tutela. Lo cristiano, lo católico es que la soberanía reside en el pueblo sin distinción de clases y en quien el pueblo la delega. De Dios procede la potestad, *non est potestas nisi á Deo*; pero como dice Domingo de Soto, la muchedumbre crea la potestad inspirada por Dios: *divinitus erudita*. Dios no exige rentas ni otras condiciones y garantías para otorgar en dicha creación voz y voto.

Acaso el ingente poderío, la soberbia triunfante de algunas naciones del Norte de Europa deslumbraron algo á Cánovas y le movieron, ya que no á aceptar resueltamente, á resignarse y á conformarse con ciertas doctrinas, inventadas las más en Inglaterra, y que en mi sentir no sólo ofenden al linaje humano en su totalidad, sino que también propenden á que dudemos de la bondadosa Providencia divina, á no ser que para justificar á esta

providencia traigamos á cuento la compensación que en una vida ultramundana han de tener los perjudicados.

Es terrible y cruel considerar esta vida que ahora vivimos como lucha sin tregua para conservarla y gozarla á costa de la vida de los otros: *struggle for life*. Es triste imaginar que el progreso es la selección, y que para que una nación, tribu ó raza prospere y florezca, conviene que otras se sometan, se humillen ó desaparezcan cuando son inferiores por degradación ó por atraso; que no haya compasión ni afecto, ni propósito de auar á los hundidos ni de promover el adelantamiento de los rezagados. Y aun es peor y más desconsoladora la suposición de Malthus de que la gente aumenta mucho más que los medios de subsistencia y de que son muy útiles la guerra, la peste y el hambre, para que nuestro planeta no se pueble demasiado y no se vean sus habitantes en la dura necesidad de comerse unos á otros.

Ha descubierto Cánovas un precursor de Malthus en el autor anónimo de una obra titulada *Arcanos de la dominación*, obra escrita por un español en la segunda mitad del siglo XVII. Los asertos de este primitivo malthusiano coinciden en lo substancial con los del sofista inglés. Cánovas da la razón á ambos y cree en la exactitud del lamentable y desigual crecimiento de la población y de los

medios de subsistencia. Cánovas llega á decir para ilustrar este punto que: "no bien se cuece una hogaza más de pan, no tan sólo nace el hombre que ha de consumirla, sino otro además que llega con la esperanza, frecuentemente frustrada, de que le toque en ella alguna parte. Tal esperanza origina el pauperismo."

Tremenda afirmación es ésta que hasta la esperanza de comer pan quiere quitar á muchos de los que nacen. Por dicha, si bien Cánovas ve el peligro constante, aunque parcial, de que nazca mucha gente, todavía nos consuela empujando hacia un porvenir muy lejano el más espantoso peligro de que lleguemos á no haber de pies en nuestro planeta y á que no haya comida para todos. Yo, por mi parte, sin atreverme á poner en duda la exactitud de lo observado por Malthus y por nuestro anónimo, me limitaré á decir, que cuando éste compuso sus *Arcanos de la dominación*, la población de España no pasaría de seguro de seis millones, y que en el día de hoy, en que debe de ser de más de dieciocho, hay mucha menos miseria, se come y se viste y se calza mejor, y la gente está también mejor alojada. En Bélgica, pongamos por caso, habrá hoy seis millones de habitantes, muchísima más gente que cuando los *Arcanos de la dominación* se compusieron. En proporción de su territorio, que viene á ser la décima sexta parte del de

España, en España debiera haber noventa y seis millones; mas no por eso en Bélgica hay más hambrientos y menesterosos que en España. Tranquilemosnos, pues, ya que el peligro, si le hay, está muy remoto. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir en lo futuro! En lo futuro todo cabe, no solo un funestísimo aumento de población. El carbón de piedra puede consumirse, las fuentes secarse y dejar de correr los ríos, enfriarse la tierra, apagarse el sol, ó con el perpetuo rodar de nuestro planeta irse aplastando cada vez más los polos y ensanchándose el Ecuador hasta agujerarse la esferoide y convertirse en un anillo, el cual, dilatándose cada vez más en lo hueco y adelgazándose en el aro, acabe por descomponerse en pedazos informes y sin vida. Pero aunque preveamos todas estas cosas ó algunas de ellas ¿no sería ridículo exceso de precaución y fatuidad imperdonable, querer prevenirlas ó evitarlas reemplazando á la Providencia?

En vez de remedar á Calcas y ser adivino de males, y en vez de arrogarnos la facultad de prevenirlos ¿no sería más racional recordar y seguir el consejo ó precepto de Cristo en el Sermón de la Montaña, desechar toda cautela, confiar en Dios y decir con imprevisión piadosa, *busquemos el reino de Dios y su justicia*, y lo demás se nos dará por añadidura?

Cánovas deja ver en algunos pasajes de sus escritos que se inclina á esta opinión, considerando que los gobiernos que tratan de resolver la cuestión social y se afanan en inventar y promulgar reformas, pecan de entrometidos y se extralimitan de sus atribuciones. Cánovas, sin embargo, reprueba el optimismo de Bastiat y duda de que la omnimoda libertad individual y la no intervención y la inercia de los que mandan, han de producir indefectiblemente las armonías económicas más deseables.

No por eso nuestro teórico grande hombre de Estado aprecia en poco la economía política, si bien la cree insuficiente para resolver cuestión alguna, sin el auxilio de la moral fundada en la fe religiosa. Nadie más opuesto que Cánovas á todas las nuevas ciencias ó disciplinas sociales, que se fundan ó se apoyan en el positivismo, en el materialismo ó en el panteísmo.

En Inglaterra es donde se ha llegado en esta materia á los más delirantes extremos. Buckle, por ejemplo, llega á afirmar que ni Platón ni Aristóteles, ni los Santos Padres griegos y latinos, ni todos los doctores angélicos, seráficos y sutiles, ni los propios Evangelios, han tenido más benéfico influjo en el progreso de la humanidad que el escocés Adán Smith con su *Riqueza de las naciones*. Bien es verdad que Buckle, después de abrumar-

nos más que Drapper á fuerza de vituperios, asegura que nuestra inferioridad en todo procede del sobrado temor de Dios, infundido en las almas de los españoles por los frecuentes terremotos y por las largas sequías, entreveradas de lluvias torrenciales y desaforadas tormentas, que menudean en nuestra tierra y nos hacen medrosos, intolerantes y crueles.

Es indudable que, ora sea optimista, ora pesimista, el pensador político que niega ó desconoce á Dios, la inmortalidad del alma y el libre albedrío, forja una moral independiente, ineficaz para levantar sobre ella el idilio social y el reino de la justicia que debemos buscar todos. En vez de la justicia deja que impere la fuerza, ya sea para que las muchedumbres tumultuosa y fieramente se impongan y predominen, ó ya para que pueblos, castas superiores ú oligarquías sabias, astutas y audaces avasallen al menesteroso é indocto vulgo, le despojen de la posesión y goce de la tierra y hasta le mermen y si fuere menester le destruyan. Se diría que tan disparada locura no puede con seriedad sostenerse; pero tales son la doctrina y el profético anuncio del Superhombre.

Ernesto Renan, en uno de sus más curiosos escritos, llega á explicarnos un sistema tan singular que nos hace dudar de si lo explica creyendo en él ó sólo como pesada chanza y como muestra de

su mucha inventiva y del primor de su estilo. A semejanza de cierto rey de un cuento persa, víctima de compromiso contraído, que tiene que degollar á todos los pretendientes de su hija que no resuelven ni aclaran los enigmas y problemas que su hija plantea ó propone y que deplora y solemniza con un mar de lágrimas tan ineludible degollación, Ernesto Renan deplora la degollación que se ve obligado á ejecutar, para no ser infiel á su hija la ciencia, de cuantas son las ideas y sentimientos religiosos. ¿Pero qué remedio puede haber para mal tan inevitable? Las personas finas é ilustradas cuentan con la filosofía para preservarse del egoísmo, no contraer vicios y no caer en pecado; pero el vulgo, que no filosofa, se rebela y se desenfrena cuando pierde las creencias. El remedio que para tanto mal halla Renan es ingenioso á maravilla. La física y la química progresan espantosamente. Bien podemos exclamar con un discreto autor de zarzuelas

Hoy las ciencias adelantan  
Que es una barbaridad.

El proyecto de Renan es que en lo sucesivo no se divulguen los portentosos adelantos é invenciones que han de realizarse de seguro; que todo quede sigilosamente reservado en el seno de las congregaciones ó colegios de los sabios; que todo sea lo que llamaron en la clásica antigüedad doctrina

*acroamática*; y que, armados los sabios de tal doctrina y del arte taumatúrgico que de ella emana, tengan á raya á la insolente muchedumbre y la amenacen ó la castiguen, ya con cataclismos, ya con erupciones volcánicas, ya con tempestades, ya con epidemias.

Al contradecir el gratuito aserto de que ha pasado la edad de la fe y de que la llamada edad de la razón es la que viven hoy los pueblos civilizados en invencible incredulidad religiosa, negando lo sobrenatural y transcendente, ni Cánovas ni nadie es menos liberal ni menos democrático que los impíos ó irreligiosos. Antes bien puede y debe afirmarse y sostenerse que la sana democracia y el verdadero liberalismo tienen por base la religión, raíz y fundamento de la dignidad del hombre y motivo principal del respeto y del amor que al prójimo debemos. La justicia y la misericordia, el derecho de reprimir y de castigar al delincuente, y el deber de amparar al desvalido, apenas se conciben sin creer en un legislador supremo, en el libre albedrío del hombre y en su responsabilidad consiguiente.

Defendiendo Cánovas, en medio de los azares y tumultos de una revolución desatentada, y demostrando y proclamando en la cátedra del Ateneo tan altos y salvadores principios, mereció bien de su patria y contribuyó á que se consiguiese la paz, y

á que no se menoscabase ó pervirtiese la cultura del humano linaje. Justísimas son las alabanzas que le da por esto el Padre Ceferino González, en su *Historia de la Filosofía*. Sus "escritos y peroraciones, dice, se distinguen por la precisión del lenguaje y la exactitud de las ideas". Y más adelante añade que Cánovas "ha contribuído no poco á extender y consolidar el movimiento filosófico cristiano, no ya sólo por medio de sus estudios y trabajos históricos, sino principalmente por razón de algunos de sus discursos pronunciados en el Ateneo, los cuales reflejan el talento profundo y la ciencia seria y comprensiva de su autor".

No sé yo hasta qué punto puedan considerarse exactas una discretísima observación de Cánovas, y cierta distinción que infiere de ella entre germanos y latinos. Entiende él que en Alemania la teoría y la práctica van cada una por su lado, y que allí el atrevimiento ó el disparate teórico es harto menos peligroso que entre nosotros, donde no bien inventamos ó importamos el atrevimiento ó el disparate, nos empeñamos en traducirle en la práctica con irreflexiva premura.

Alguna verdad hay en esto, ya que á los sabios y filósofos alemanes suelen hacerles menos caso en su tierra que en las extrañas. La figura intelectual de ellos se asemeja con frecuencia á las imágenes pintadas en los vidrios de la linterna mágica,

que si bien aparecen diminutas en el vidrio, se agigantan y adquieren proporciones enormes cuando se proyectan en lienzo ó pared muy distantes. Así, por ejemplo, Krause, Schopenhauer, Nietzche y otros.

No participo yo, con todo, del entusiasmo de Cánovas por Kant cuando aprueba y aplaude que, si bien con la razón pura cree destruir toda prueba de la existencia de Dios, con la razón práctica luego nos tranquiliza, nos consuela y nos devuelve al dios que nos había quitado. No fué bufonada de Enrique Heine, sino censura juiciosa, á mi ver, lo que dijo de que Kant, para satisfacción y consuelo de su criado, tuvo á bien devolverle el dios de que le había despojado primero. Por qué si nuestras ideas son sensaciones transformadas que penetran en la mente, donde se ajustan dentro de ciertas formas que en nuestra mente hay, sin que podamos afirmar la identidad ni la semejanza siquiera de tales imágenes con los objetos exteriores que las producen, el *subjetivismo* es completo. Si cuanto sabemos está en el yo, y es creación del yo, fuera del cual no hay para nosotros sino un motor incógnito que nos impulsa y habilita para crear nuestro fantástico universo, las leyes que le gobiernan no podrán tener por consiguiente realidad objetiva. ¿Por qué, pues, han de tenerla el imperativo categórico, la responsabilidad y el libre albedrío de

nuestra alma, que reconoce y acata la ley moral, y la innegable existencia del Supremo Legislador, que la promulga?

Harto menos alambicadas especulaciones inducen por dicha á Cánovas á ser creyente. Como Donoso Cortés, á quien admira, sostiene Cánovas que toda buena política se funda en una buena teología, mas no por eso sigue á Donoso hasta el extremo de creer convenientísimo ser buen teólogo para ser buen gobernante. Cisneros y Richelieu, citados para ejemplo por Donoso, presumo yo que debieron de ser teólogos menos que medianos; que tuvieron harto olvidadas, si es que las estudiaron alguna vez, la Suma de Santo Tomás y las Sentencias de Pedro Lombardo. El propio Cánovas, con perdón sea dicho, no hubo de ser tampoco muy versado en teología. Ni necesitaba serlo para poseer la prudencia mundana, la habilidad, la entereza y otras nobles prendas, por las que ya se cuenta entre los varones ilustres, honra de su nación, hábil para gobernarla y devotísimo aunque algo desesperanzado patriota. Si pudiéramos evocarle y traerle á nueva vida, le diríamos como Fausto dice: "desecha lúgubres cavilaciones y baña tu pecho terrenal en el rosicler de la aurora".

Aunque sólo fuera para no fatigaros con más prolijo razonamiento, las desecharía yo también. Cesó, pues, en mi propósito de ir en pos de Cán